



MARTA SANZ

ÉRAMOS  
MUJERES  
JÓVENES

UNA EDUCACIÓN  
SENTIMENTAL  
DE LA TRANSICIÓN  
ESPAÑOLA

Entre el ensayo, la memoria personal y el reportaje, este libro propone una aproximación subjetiva a los prejuicios y los tabúes que rodean los usos amorosos del postfranquismo y la democracia, a fin de desdecir o de matizar muchos de los lugares comunes que siguen asociados a las relaciones afectivas o sexuales desde la perspectiva de las mujeres.

Un recorrido que se aleja por igual del mito del amor romántico y de la autoexplotación comercial impuesta por el neoliberalismo, alternando la evocación de las propias vivencias con las de un grupo de amigas más o menos coetáneas, suscorifeas, nacidas entre finales de la década de los cincuenta y comienzos de la de los setenta, que comparten con la autora su experiencia, sus referentes culturales, sus deseos, sus descubrimientos o sus decepciones desde la adolescencia a la edad madura.

Lúcido, comprometido y bienhumorado, el conjunto traza un revelador autorretrato generacional en torno a cuestiones que rara vez trascienden las conversaciones íntimas.

*Para mi amiga Elvira,  
Elvi, Elvirita, siempre,  
mi amiga.*

## QUERIDA LECTORA, QUERIDO LECTOR:

Esta va a ser la última vez que me dirija a vosotros separando los géneros y haciendo uso del doblete gramatical. Me dirijo a vosotros, a la manera «clásica», para informaros de que el librito que acabáis de abrir pretende ser un ensayo literario, es decir, un texto de no ficción que de vez en cuando se tiñe de ella para ofrecer una visión subjetiva de un asunto que afecta y puede interesar a una comunidad. Una visión subjetiva diletante y poco profesional —últimamente me asquea esa palabra— en torno a un tema que se presenta de un modo excéntrico. Quiero, como Feijoo, desdecir o matizar algunos lugares comunes; discutir lo que se da por sentado; nombrar los prejuicios y tabúes que rodean los usos amorosos del postfranquismo y la democracia españoles. Reflexionar sobre lo inmutable y lo contingente. Sobre la posibilidad de demoler lo inmutable como un edificio de treinta plantas que se dinamita desde los cimientos. Demoler lo que se ha convertido en universal y eterno por la fuerza de la costumbre y el peso de la Historia.

El recuerdo de Carmen Martín Gaité<sup>[1]</sup> es evidente y buscado, y también lo es la conexión de estas páginas con alguno de los libros que he ido escribiendo a lo largo de mi vida. Sobre todo, con *La lección de anatomía*<sup>[2]</sup>. Para mí, siempre ha sido una preocupación tratar de desentrañar los preceptos culturales y políticos de una sociedad que a menudo nos daña. Y el amor, que tanta felicidad y tantos orgasmos nos proporciona, es también el sentimiento que

más nos hiera, que más puede llegar a minimizarnos hasta reducirnos al tamaño inverosímil y acomplejado de una Pulgarcita monocelular o de un hombre invisible, al que le han robado la gabardina y las gafas, incluso el sombrero, y se pone de puntillas para que alguien lo vea. El amor, manipulado interesadamente, reinterpretado en escenas artísticas que van configurando el deber ser de nuestra sentimentalidad, nos produce urticaria y nos reprime, nos encorseta dentro de un molde lastimoso en el que, a veces, encontramos una rendija. Entonces, llega el placer, la solidaridad, el escaparse de una acepción de la pasión amorosa que desde el romanticismo de ayer hasta la auto-explotación comercial de hoy, ha proyectado sus facetas —rotas como esquirlas que se clavan— sobre las mujeres. Porque el amor correspondía al espacio que tradicionalmente se nos había asignado: la casa, el hogar, la familia, la alcoba del prostíbulo. Ahora andamos explorando otros territorios y tal vez busquemos ser amantes y amorosas de otra forma.

Afronto estas páginas con afán de exploradora por todo lo dicho y porque el ensayo es un género subjetivo y paseante, y a mí me gusta andar e ir mirando y soy mujer y nací cuando Franco, el dictador, estaba a punto de morir en la cama. Mi pubertad coincidió con la pubertad de un país con el que compartí la alegría, pero también el miedo. Por otra parte, como soy consciente de que abordo un tema que no solo me afecta a mí, he procurado trascender el caparazón de mi autobiografía, de mis impresiones a partir de lo vivido, y he pasado el micrófono a un coro. A un coro griego o a las chicas del coro que, con sus reflexiones, su labor de introspección, su doble pirueta desde lo íntimo hasta lo público, re-dignificarán el nombre de la corista. Nos empoderaremos —sí, el verbo podría incluirse en un manual de tratamiento de la dislalia—, nos empoderaremos, digo, en el nombre de la corista, y no en el del Padre ni el Hijo ni el Espíritu Santo. Marilyn Monroe, Con faldas y a lo loco y las chicas de Ziegfeld: Lana Turner, Hedy Lamarr,

Judy Garland. Cada vez que una tome la palabra tendrá el empaque de la corifea, la danzarina o la cantante que dirige a todas las demás. Pasaré el micrófono a un grupo de generosas corifeas y sus palabras servirán de contrapunto, corrección o reafirmación de mis propias reflexiones. Pepito Grillo me dará un toque en el hombro. O un empujón. Ellas abrirán el diafragma de la cámara y sacarán el texto de su posible estrechez umbilical. Me ayudarán a preservar la subjetividad que caracteriza los ensayos sin dejarme caer en el onanismo o la locura. Ellas harán que no me sienta sola frente al diagnóstico de los lectores o de los psicoterapeutas. Además, por mucho que yo la coloque bajo el microscopio y la agrande para ver sus microbios y bacilos, mi biografía es pequeña y para escribir este ensayo preciso de catalejos y magnetofones y de todo tipo de instrumentos de medición.

Ellas, mujeres nacidas entre finales de la década de los cincuenta y comienzos de la de los setenta, son mis imprescindibles corifeas, amigas pródigas que se han prestado a contestar a las preguntas de un cuestionario muy indiscreto. Agradecemos que nos hayan dejado escudriñar por un agujerito sus intimidades y sus usos amorosos: periodistas, actrices, traductoras, médicas, biólogas, escritoras, abogadas, profesoras, gestoras, asalariadas, jefas, blogueras, amas de casa, licenciadas en Arte y en Filología, autónomas y paradas, comerciales, administrativas, secretarias, casi todas varias cosas a la vez. Las preguntas que les he formulado a ellas y a mí misma son las que articulan este ensayo. Iréis descubriéndolas en vuestra lectura. Porque todas tenemos muchas ganas de hablar y pensar sobre nuestra sexualidad, nuestro género y nuestra posición en el mundo. Quizá nos hemos mordido demasiadas veces la lengua, o la vergüenza y la culpa han podido con todo lo demás.

En un correo titulado «Cerrando el cupo», Isabel (47 años, gestora de calidad en centros de enseñanza), una corifea extremadamente emprendedora, comenta:

Querida Marta:

Te escribo para decirte que supongo que, a estas alturas del partido, tendrás más de un formulario de amigas mías que te han escrito. He recibido más solicitudes, pero he dicho que parece ser que la escritora ya tenía suficientes por el momento, pero que en caso de necesidad, se lo diría.

Esto me ha hecho pensar en la necesidad o la oportunidad que estas mujeres han encontrado de repente, en la necesidad de hablar sin tapujos sobre un tema del que hablamos tanto o tan poco en la intimidad de las amistades, y a veces ni eso. Me da que pensar.

A mí también me da que pensar. Me dice que tal vez la escritura de este libro se asiente en algunas buenas razones que van más allá de mis apetencias. También me dice que Isabel ha sido muy inteligente porque lanzó el cuestionario a sus amigas, amplificó mi red y me hizo sentir un poco de vértigo. Ratificamos la pertinencia de estas páginas. Tuvi- mos que cerrar el cupo.

Por último, quiero subrayar que en este ensayo faltan muchas cosas porque, pese a la fantasía de pluralidad que implica fundir mi voz con otras voces, pese a las polifonías y a la voluntad de documentarme más allá de mi entorno inmediato, todas nosotras somos blancas, españolas, hetero- sexuales —en principio—, de clase media, con estudios, hi- jas de un catolicismo heredado que la Constitución trasmu- tó en un ni chicha ni limoná llamado «aconfesionalidad» — no laicismo—. Nosotras somos representantes de esa hete- ronorma contra la que deben resistir «bolleras, maricas, lati- nes, trans, intersex, negres, queer, arrománticas, asexuales, biciosas, bisexuales, gordes, sordas, pansexuales, poliamo- rosas, moras, trabajadoras sexuales<sup>[3]</sup>...». Representamos esa heteronorma, pero no somos hostiles ni discriminato- rias. Hablamos desde la perversidad de esa heteronorma

que a nosotras también a menudo nos hace infelices. En estas páginas, incluso nos formulamos preguntas sobre nuestra capacidad poliamorosa, nuestra bisexualidad, sobre todas las hipótesis y posibilidades de nuestra opción sexual. Hablamos desde la heteronorma para cuestionarla. Para que no nos hiera más. Todas somos hijas y algunas son madres. Algunas estamos casadas o emparejadas; otras están separadas, divorciadas, reemparejadas, sin pareja o sin pareja estable. En consecuencia, este ensayo es representativo de ese corte social, selecciona ese corte para reflejar uno de los mundos posibles que se dan en este y, bajo ningún concepto, ha querido ser discriminatorio hacia mujeres de otras razas, de otras extracciones sociales, de otras religiones y culturas, o que hayan elegido otra opción sexual. Tampoco ha querido discriminar a los hombres. Evidentemente subrayar este último matiz es fruto del aprendizaje de una corrección política que no siempre es grotesca y, a la vez, aflora como síntoma de mi mala conciencia o de mi incapacidad.

Por último, quiero agradecerle a Chema, mi marido, sus visitas al Instituto Nacional de Estadística y sus búsquedas en Internet.

## LOS BOTONES DEL VESTIDO DE NOVIA DE MI MADRE

La primera corifea ya me convence de la pertinencia del método elegido. Con su respuesta, me da una pedrada en la frente: «De niña tuve dos, no sé distinguirlas en el tiempo: la primera viendo a las vírgenes dándole el pecho al niño de la Enciclopedia Summa Artis de la época del Renacimiento, sentía sensaciones en la vagina. La otra es cuando me sentí atraída por uno de mis hermanos y me gustaba abrazarle con deseo». Yo había preguntado sobre una primera toma de contacto con la sexualidad partiendo de algunas ideas preconcebidas: experimentar un placer extraño al montar en bicicleta —la ergonomía erótica de los sillines—; el descubrimiento del cuerpo mientras juegas con una amiga y te rozas furtivamente un pezoncillo; el juntar mucho los muslos al despertarse; la retención del pis y el placer de derramarlo sobre la loza del váter... Había pensado en todas esas cosas que de pronto nos hacen sentir únicas y que guardamos en secreto no se sabe por qué razón. Intuimos un mal o una suciedad que proviene de los sustratos de la culpa y las religiones que, sin querer, incluso negándolas, profesamos mucho más de lo que nos gustaría reconocer.

Pero abro los ojos como platos al leer la respuesta de Isabel, porque barrunto dos peligros tentaciones, líneas rojas, arenas movedizas, puntos de inflexión, libros de texto...: había previsto el peligro de las imágenes, lo trascendente de la iconografía pintada, filmada o escrita, para construir nuestra idea del amor, incluso para disparar nues-

tra experiencia del sexo, sentimos leves descargas al leer determinado libro o contemplar una foto poco pudorosa; pero no había contado con el peligro de los hermanos y las confusiones que pueden producirse en el ámbito familiar. Yo soy hija única y el testimonio de Isabel me convence de la necesidad de abrir el diafragma de mi cámara analógica. Que entre más luz. Con su respuesta me quedo atónita sin escandalizarme. Me gusta su sensibilidad artística, cómo pone de manifiesto la capacidad del arte —incluso del sacro— para conmover y formar, cómo reinterpreta el amor filial y la fractura de los tabúes olvidando la hemofilia y los jorobaditos y la obcecación por perpetuar la especie. Con la respuesta de Isabel no me escandalizo, pero me retiro con discreción porque hay asuntos que solo puedo comprender a medias.

Sin embargo, con Cristina (48 años, periodista y escritora) sí me escandalizo porque, de repente, caigo en la cuenta de que hablar del término medio casi siempre es mentir y de que aspirar a borrar el dolor o gastar bromas a veces es una pretensión innoble. Hay palabras que queremos desterrar de nuestro vocabulario erótico, pese a que son más comunes de lo que pensamos. Por ejemplo, abuso, estupro, violación. Nos dice Cristina: «De niña. No recuerdo detalles. Con 3 o 4 años. Recuerdo borrosos contactos íntimos». Tal vez no debería haber preguntado. O, al revés, esas son las cosas que de verdad deberían preguntarse.

Otras respuestas me tranquilizan un poco. A la pregunta sobre cómo fue tu primera toma de contacto con la sexualidad, Regina (bióloga, gestora de I+D, 51 años) reacciona con entusiasmo: «Muy bien, muy natural, emocionante, excitante, divertida, emotiva...» Mer, profesora de 52 años, dice: «Fue poco a poco, nada traumática». Algo similar describe Cari, técnico de laboratorio de 40 años: «Tengo un vago recuerdo de cómo empieza tu cuerpo a tener reacciones físicas con el sexo, pero es básicamente en la adolescencia». Aunque los momentos de iniciación son muy dife-

rentes, me llama la atención el léxico nebuloso que utilizan tanto Cristina como Cari: vago, borrosos... Me pregunto si la niebla proviene de la vivencia traumática, de la labilidad del recuerdo o del pudor que nos lleva a colocar un paño de pureza, una veladura, sobre los asuntos sexuales... — también en este ámbito nos gustan mucho los puntos suspensivos—. «¡Uf, hace tanto tiempo! En mi casa, sola. Por supuesto, no se lo dije a nadie. Sí que lo recuerdo como algo muy placentero... pero secreto y desconocido. No tenía ni idea de que pudiera sentir algo así»: Alicia (actriz, 48 años) subraya la mística de un gozo sexual que se encuentra casi por sorpresa. Por su parte, Yolanda, abogada de 53 años, apunta hacia una posibilidad muy familiar, la del juego con las amigas, ese espacio de exploración para hacer descubrimientos precoces —o no tanto—: «Siendo una niña, unos 8 años, con una amiga mayor que yo». Pilar, periodista de 55 años, relata una experiencia similar: «Con sentimiento de culpabilidad. A escondidas, con niñas».

Más allá del hecho natural de que la iniciación erótica a menudo se produzca con otras mujeres, la depravación, entendida como un aleccionamiento antes de hora, ha tenido un papel protagónico en el relato literario del despertar sexual: me vienen a la mente los niños de Otra vuelta de tuerca de Henry James, Flora y Miles. Si no hay abuso, si una mano adulta no guía la manita de modo que lo bello mute en asqueroso, la depravación, comprender el cuerpo con una amiga mayor que tú, mirarse la vagina con un espejito de mano, hacerse cosquillitas en la nuca o en el cuero cabelludo, ir anticipando el deleite de las zonas erógenas, esa forma de enseñanza del cuarto oscuro, cuando la madre te dice: «Abre el pestillo», «Qué raro huele aquí», «¿Se puede saber qué andabais haciendo?», son sin duda una de las epifanías de la vida. Nekane, profesora de 42 años, se coloca en la antípoda de la precocidad e introduce un elemento, vinculado a la sexualidad de las mujeres, el asco, que posiblemente aparecerá más veces a lo largo de estas pági-

nas: «Tenía unos 13 años. Una amiga y yo habíamos quedado con dos chicos mayores (de 16 o 17) para beber unas lironas y fumar. Yo nunca había estado con un chico ni bebido ni fumado. O sea, virgen en todos los aspectos. Poco después de empezar a beber uno de ellos se me acercó, me besó y me metió la lengua hasta el esternón. Me dio un asco tremendo. No me acuerdo cómo me zafé de la situación, pero sé que a ese chico no lo volví a ver». En las palabras de Mónica (médica, 42 años) también aflora el asco: «Que yo recuerde fue en el pueblo de una amiga del colegio, un beso con lengua que en aquel momento me pareció repugnante, la verdad». Yo, igual que Nekane y Mónica, también recuerdo mi primer beso de lengua con auténtica aversión. Sin embargo, pronto se le coge el gusto y hasta a la más escrupulosa le compensa esa suavidad de caracoles. La invasión alienígena del cuerpo o la ternura licuante, la lenta masticación de una golosina. Y todas sus metáforas.

De las respuestas de mis corifeas no saco ninguna conclusión inapelable. Solo barrunto que en la construcción y la experiencia de la sexualidad hay factores que exceden el tiempo y el espacio, que se repiten en distintos lugares del planeta y en distintos periodos, y otros que no. También sospecho que me va a resultar muy difícil separar ese grano de esa paja mientras escribo este libro. Celia, administrativo jurídico de 45 años, explica: «La primera que recuerdo es de los 8 o 9 años, jugando a los médicos con mis amigas; un poco más mayor me recuerdo en la bañera jugando con la ducha y sintiendo cosas a las que no sabía ponerle nombre». También lo que cuenta Marcela (comercial, 44 años) me parece muy representativo: «Los primeros acercamientos de carácter sexual fueron muy tempranos, en la infancia, casi siempre con personas de mi sexo, amigas y compañeras de edades similares con las que empezabas a descubrir el cuerpo y a ensayar los primeros besos. Era algo inocente, empezabas jugando a los papás y a las mamás y el tema se te iba de las manos, imagino que fruto de la cu-

riosidad. Y por supuesto el autoplacer, ese farragoso terreno femenino que, cuando lo descubres a tan temprana edad, te crees que es fruto de una enfermedad rara y que solo te pasa a ti».

Me siento bastante identificada con Marcela, aunque Margarita (traductora, 53 años) deshace mi ilusión de exclusividad: «Atlética. Escalando una barra que había en el patio del colegio». Igualito me sucedió a mí. Igualito. Se desbarata la convicción de ser especial y sentirse la elegida de los dioses por notar aquella descarga, alargada y sutil, al lado del agujerito por donde sale la orina. En realidad, mi primera toma de contacto con el sexo, mi honesta confusión de la sexualidad con el amor, más allá de los ensayos siempre electrizantes con la propia piel —podría haber sido una magnífica bailarina de streap-tease de las que se deslizan por engrasadas barras metálicas o una acróbata del Circo Mundial—, se ubica en el mundo de las relaciones amorosas de los padres. Los míos eran pasionales, volcánicos y mediterráneos, pese a que ambos provenían de familias de la meseta norte: Valladolid, Segovia, Burgos, el hospicio de Bilbao... Yo los veía besarse en casa y sabía cuándo se habían encerrado a echar la siesta. O lo que fuese. Ya conté en otro libro que atascaban la puerta con la tabla de planchar. Delante de mí disimulaban un poco, pero no mucho. Era como ver una película de Michel Piccolli y Laura Antonelli, de Claudia Cardinale y Mastroianni. Abrazos prietos y contorsionistas. Besos a bocados. Y una manera de mirarse a la hora de comer que yo, cayendo en el convencionalismo romántico, calificaría de ardiente. O voraz. El eslabón que siempre une la gula y el sexo. Chupar con deleite los huesecillos de las aves cogiéndolos delicadamente con los dedos y sacando cada hebra de magro con la lengua mientras alguien te escruta. Qué fatiga. Qué envidia. Qué vaticinio de intensidad agotadora. Ese amor fundacional a mí me hizo querer y no querer ser así. Al mismo tiempo y con la misma fuerza. La pasión y un plato roto a la hora de comer.

La reconciliación. Dos caracteres fuertes, pero cada uno a su manera. La fogosidad de mi padre, sus ganas de tocar, besar, abrazar, magrear, exhibir, chocaban con la contención pública de mi madre que se había educado en un colegio de dulces monjas mazapanes de las que echaban pellizcos: «Aquí no», «Quita», «Qué vergüenza»... Ahora han cumplido los setenta y siguen cogiditos de la mano paseando por la calle. Son tan monos que llaman la atención.

Las leyendas familiares narran que, de puertas para dentro, la situación era diferente y mi madre tenía intuiciones sexualmente intrépidas. Yo me pregunto cuántas mujeres imaginativas en la cama se habrán puesto esparadrapos en la boca y habrán mirado hacia otro lado para no afrontar sus propias fantasías. Mi madre posee una gran imaginación pero, activando una de esas contradicciones que caracteriza nuestra sexualidad, a la vez marcaba límites: «Eso no». Y de la negativa de mi madre, yo aprendo que hay cosas que no se deben hacer quizá porque son sucias —lección mala—, pero también aprendo que me puedo negar a hacer todo aquello que no me apetezca hacer-lección excelente—. No siempre hay que bajar la testuz y mirar a la pared. Hacer el perrito o ponerse vaselinas vaginales para, más allá de posibles patologías relacionadas con la lubricación, disfrazar la idea de que se folla sin ganas. En mi casa no existe el mito del débito conyugal.

Yo viví un modelo sostenido en el amor eterno pese a la sensación de montaña rusa. Todo pendía de un hilo, pero el hilo era de titanio. Todo era de papel y material inflamable y, al mismo tiempo, de roca granítica. Un verdadero oxímoron que definió mi gusto por las figuras retóricas y que, combinado con otra imagen que yo no puedo recordar porque no había nacido pero que soy capaz de ver perfectamente, funda mi álbum de estampas eróticas: mi padre desabotona el vestido blanco de novia de mi madre. Los botones quedan en la espalda, son minúsculos, son cien. Aunque los dedos de mi padre no son gordos, resultan de-

masiado gruesos para esos botones microscópicos forrados en raso. Se resbalan entre los dedos de mi padre que, cada vez más amarillo, siente cómo al desabrochar uno se vuelve a abrochar el anterior. Mi padre nota un retortijón de tripas. La espalda de mi madre se estira de una manera inverosímil. Parece una mujer altísima con un torso desproporcionadamente esbelto como cuello estirado por los anillos de las mujeres jirafa. Mi padre no, no acaba nunca.

Ese modelo de amor y sexualidad se complementó con la eclosión del hippismo y la prodigalidad de mis padres que alojaban en casa a amigos y amigas que eran novios y novias, y que después ya no lo eran; se acostaban juntos y dejaban de hacerlo. Llevaban barbas y el pelo largo, mordían flores, fumaban marihuana y hacían gala de un cacao mental incluso más grande que el de generaciones futuras. Tal vez mi primer amor fue alguno de aquellos amigos de mis padres, pero la verdad es que no me acuerdo. De lo que sí me acuerdo es de que, cuando llegué a la adolescencia, uno de esos amigos me quiso tocar el culo. Quiso que yo fuera Lolita y él Humbert Humbert. No quiero ni pensar de qué se acordaría mientras se me insinuaba, beodo, en el portal de su apartamento de hombre divorciado: medias de colegiala, coletas de escoba, el hueco del diente caído en la sonrisa, las pecas... Fui una niña irresistible. Otro de los amigos de mis padres al verme decía: «Esta niña está endemoniada». Tal vez una de las cosas que aprendimos con la democracia es que las niñas nunca estamos endemoniadas y nadie tiene derecho a hacernos exorcismos. El amigo de mis padres que me quiso tocar el culo me dio pena. Yo lo apreciaba sinceramente. No me importó que se quisiera aprovechar de mí y de mi hipotético desvalimiento. Yo le dije: «Eso no», y él no me tironeó del brazo. Tenía la boca pastosa y las pupilas encendidas. Olía a sudor. Murió hace poco. Aquel día yo me fui a mi casa sin ningún trauma, y con una sensación de orgullo y conquista que, con el paso del tiempo, he aprendido a censurarme.